

narentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati, pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in celo.

ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discipulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

DE LA FALTA DE PERSEVERANCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera los muchos que de todas partes concurren á oír y á seguir al Salvador del mundo, y los pocos entre toda aquella inmensa muchedumbre que perseveraron.

Mas de cinco mil personas lo abandonaron todo, olvidándose hasta de su misma comida, por seguirle en el desierto; pero esto no duró mas que tres dias. Cuando entró triunfante en Jerusalem, salió á recibirle fuera de la ciudad una prodigiosa multitud de pueblo,

llenándole de aclamaciones; pero se acabó todo en pocas horas. De toda la Judea, y hasta de las partes mas remotas de Tiro y de Sidon, concurren á enjambres todo género de gentes, así para escuchar sus divinas palabras, como para ser curados de sus dolencias. No hay quien no reciba algun beneficio de su poderosa mano; no hay quien no sea ó materia ó testigo de algun milagro; pero ¿cuántos réprobos se hallaron en aquella muchedumbre! ¿Y de esto quién tendria la culpa? El Salvador á ninguno excluye de su liberalidad benéfica; á nadie niega su gracia. Aquella preciosa sangre, derramada no solamente por nosotros, como dice el evangelista san Juan, sino universalmente por todos; aquella redencion superabundante, aquellos amorosos convites, aquellos ejemplos concluyentes, aquellas divinas parábolas, todo esto prueba que á la verdad la perseverancia es efecto de la bondad de Dios, pero que la falta de ella es puramente obra de nuestra malicia. Es cierto que es menester pedir á Dios incesantemente el don de la perseverancia; pero no es menos cierto que ningun réprobo dejará de echarse á sí mismo la culpa por toda la eternidad de no haber perseverado.

Ninguno de los convidados al festin concurrió á él. Por lo que toca al rey, ya habia hecho todo el gasto; en mano estaba de los convidados ocupar cada uno su lugar. ¿Quién tendria la culpa de que ninguno lo ocupase? ¿O Señor, y qué mal usamos á cada paso de nuestra libertad! Pero Dios á ninguno quiere hacer violencia.

¿Con cuántas celestiales gracias nos previene? ¿y quién podrá pensar sin admiracion, sin una especie de pasmo, los señalados beneficios de que nos colma? Él mismo nos advierte que el festin está preparado; él nos convida, él nos insta, él en cierta manera nos obliga. ¿Qué no promete á los que se resuelven á se-

guirle? ¿qué bondad, qué liberalidad no ejercita con los que quieren ser sus discípulos? Nada de esto ignoramos nosotros; todos estamos no solo instruidos, sino persuadidos de unas verdades tan llenas de consuelo: gustado hemos no pocas veces la dulzura, la suavidad que se experimenta en seguirle. Pero al fin se comienza á perder el gusto, se da oídos al amor propio, se concede demasiada licencia á los sentidos, se deja el alma engañar de los vanos atractivos del mundo; estos son los funestos escollos donde al cabo se estrella la perseverancia. ¡O mi Dios, y qué medidas no debemos tomar desde luego para evitar la desgracia de estrellarnos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa en que mas se deba pensar, ni que con mayor instancia se deba pedir á Dios, que el don de la perseverancia final, porque de ella depende nuestra eterna felicidad. Todo el secreto para conseguirla consiste en no aflojar jamás en el ejercicio de la virtud, en servir á Dios con fidelidad, y en que nuestra conducta no desmienta su servicio. Seamos fieles á Dios, que Dios será fiel en cumplirnos sus promesas. Dios quiere seriamente que todos nos salvemos; querámoslo todos con la misma seriedad, y seguramente, con el socorro de su gracia que nunca nos faltará, todos nos salvaremos.

¡Qué espantoso, qué terrible es el ejemplo del infeliz apóstata entre nuestros santos mártires! Había sufrido muchos tormentos con valerosa constancia; había confesado la fe con generosidad; casi tocaba ya el fin de su gloriosa carrera. ¡O Dios mio, y qué dichosos principios! Ea, que ya se ha vencido la mayor dificultad; una media hora mas, pocos instantes de padecer, y despues una eternidad de descanso, de gozo, de delicias. Pero en el mismo punto en que iba

á recibir la corona, se disgusta, retrocede, y apostata; sus compañeros entran en la gloria, y aquel infeliz en el mismo momento es precipitado en los infiernos. Y á vista de esto ¿habrá quien afloje en el servicio de Dios sin asustarse? ¿habrá quién vuelva atrás sin estremecerse?

La caída fué espantosa, fué verdaderamente horrible; pero es muy verisimil que ya de antemano amenazaba ruina el edificio, y la oracion que los santos mártires hicieron al entrar en el campo de batalla, daba á entender bastantemente que no contaban igualmente con la virtud de todos.

Dichoso el hombre que perpetuamente desconfia de su propio corazon, y por consiguiente de su propia virtud, y trabaja continuamente en el negocio de su propia salvacion con temor y con temblor. ¿Qué se ha de pensar, ni qué se debe esperar de ese tedio al servicio de Dios, de esa inconstancia en los fervores, esas vueltas al mundo y á sus detestables máximas? La falta de perseverancia final pone el sello á la reprobacion. ¿Pues quién no temerá esa falta de perseverancia? Ella es una gracia que no podemos merecer; pero tambien es una gracia, que si nos falta, siempre es por culpa nuestra. ¡Pues con qué vigilancia, con qué fidelidad no nos debemos aplicar al cumplimiento de nuestras obligaciones! Y aun en la misma devocion, ¿qué humilde desconfianza es necesario tener!

¿Se podrá contar con demasiada seguridad sobre los dones sobrenaturales que se han recibido de Dios, sobre los trabajos que se han padecido por su Majestad, sobre los servicios que se le han hecho? Ah! que Salomon se pervirtió á pesar de los dones que habia recibido del cielo; Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador; y el infeliz soldado de nuestra historia, despues de padecidos tantos tormentos, apostató. ¿Qué se ha de inferir de esto? Que es menester tra-

bajar en el negocio de la salvacion con temor, pero con confianza; que es necesario pedir á Dios sin cesar el don de la perseverancia, y mirar con un santo horror la menor tibieza, la menor relajacion. Ninguna cosa afianza tanto la perseverancia como la continuacion en el fervor.

Divino Salvador mio, ¡cuántos motivos tengo yo para gemir y para temer á vista de mi infidelidad y de mis frecuentes reincidencias! Pero todo lo espero de vuestra misericordia, y confío me habeis de conceder, por vuestra bondad y por la intercesion de la santísima Virgen y de estos santos mártires, aquella perseverancia final que incesantemente os pido, como tambien la gracia de serviros en adelante con una inviolable fidelidad y con un fervor inalterable.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis, ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Vos, Señor, habeis de fijar mis pasos en el camino del cielo, para que no se tuerzan, ni aun titubeen.

Justificationem meam, quam cæpi tenere, non deseram. Job 27.

No, mi Dios, no aflojaré por cuanto hay en el mundo en el ejercicio de la virtud, que comencé á practicar con vuestra divina gracia.

PROPOSITOS.

1. El que perseverare hasta el fin, dice el Salvador, ese se salvará. No basta perseverar, si no se persevera hasta el fin. Ni se da la corona mientras dura el combate, porque es fruto de la victoria, y toda la vida es tentacion y pelea. El medio de lograr esta perseverancia, es conservar toda la vida una extrema delicadeza de conciencia, añadiendo á ella el ejercicio

del Profeta Rey, que cada dia renovaba su fervor, como si en aquel mismo dia comenzara. Comprende bien la utilidad de este ejercicio; nada te disimules, nada te perdones en punto de flojedad; el mas leve descuido en esta materia debe asustarte. Has de mirar las mas pequeñas imperfecciones como heridas lijeras, que pueden tener graves resultas si no se hace caso de ellas; y segun el consejo de san Gregorio y de san Crisóstomo, has de temer mas en cierta manera las faltas leves, que los pecados graves. Cada dia debes hacer cuenta que es el primero de tu conversion; cada dia has de renovar tus propósitos, y decir con el Profeta: *Dixi, nunc cæpi.* Hoy comienzo á servir á Dios, á amar á Dios, á declararme altamente por el partido de Dios, á domar mis pasiones, mi natural, mis inveteradas costumbres, como si fuera hoy el principio de mi carrera: *Dixi, nunc cæpi.* Repite estas palabras al acabar la oracion de la mañana: Sí, mi Dios, desde este momento comienzo á serviros con fervor. No te olvides de repetir lo mismo en la misa, y muchas veces entre dia, haciendo á Dios todos los dias alguna oracion particular para conseguir de su Majestad el don de la perseverancia final, que podrá ser la siguiente:

« Dios mió, y Salvador mio, que únicamente me » criasteis para que os amase, y que sinceramente » quereis mi salvacion; haced que yo corresponda » eficazmente á una voluntad y á un fin que son tan » ventajosos para mí. Mucho os costé, Redentor mio; » y no habeis de permitir que yo me pierda. Suplicoos » me concedais por los méritos de vuestra santísima » pasion y muerte todas las gracias que necesito; » pero sobre todas ellas la perseverancia final. Yo os » lo pido en nombre de vuestra querida Madre, objeto » de toda vuestra complacencia. Virgen santa, inter- » ceded por mí para con vuestro Hijo preciosísimo. »

2. No habiendo cosa mas importante que la perseverancia final, tampoco hay otra que se deba pedir á Dios con mayor instancia. Empeña á este fin los santos que son de tu mayor devocion y confianza, y no dejes de pedirselas á Dios durante esta novena, por intercesion de su siervo san Francisco Javier, cuyo fervor, aunque fué tan extraordinario desde el primer instante de su conversion, creció siempre hasta el último momento de su vida. La salvacion pende de la buena muerte.

Oracion para el séptimo dia de la novena.

« Glorioso san Francisco Javier, que, consumido de
 » trabajos por la gloria de Jesucristo, despues de haber
 » convertido á la fe tantos reinos, despues de haber
 » levantado mas de seis mil iglesias al verdadero Dios,
 » y despues de haber bautizado mas de un millon de
 » infieles, espirasteis sobre los peñascos de la isla de
 » Sanchon, privado de todo humano consuelo, pero
 » abundantemente colmado de los divinos; alcanzad-
 » me, os ruego, de mi Salvador Jesucristo la perse-
 » verancia final, y que muera santamente con la
 » muerte de los santos, juntamente con la gracia
 » que os pido en esta novena, si fuere conducente para
 » que yo consiga esa dichosa muerte. Amen. »

DIA ONCE.

SANTA PERPETUA Y S. FELICITAS, MÁRTIRES.

La preciosa muerte de estas ilustrísimas mártires sucedió en el dia siete del presente mes, pero como en él celebra la santa Iglesia la fiesta de santo Tomás de Aquino, reservó al dia once la piadosa historia del

martirio de estas dos insignes santas, á quienes san Agustin ha dado tan magníficos elogios, teniendo por costumbre proponerlas á su pueblo como modelo para confundir á los cobardes, y para animar á todos al ejercicio de la virtud.

Habiendo publicado el emperador Severo un edicto en que mandaba se quitase la vida á todos los cristianos que no quisiesen sacrificar á los dioses del imperio. Minucio Timoniano, procónsul en la provincia de Africa, excitó contra ellos una de las persecuciones mas crueles. Desde los principios de ella fueron presos en Cartago cinco jóvenes catecúmenos, cuyos nombres eran Revocato, Saturnino, Secóndulo, Perpetua y Felicitas.

Era Perpetua una dama de veinte y dos años, de nobilísimo nacimiento, bellamente educada, de grande discrecion, pero de mayor piedad. Vivian todavía sus padres, aunque de edad muy avanzada, cuando la prendieron, y tenia una tia y dos hermanos, uno de los cuales era tambien catecúmeno. Habíase casado, y tenia un niño á quien ella misma criaba á sus pechos. Créese que su marido era cristiano, y que se ocultó por miedo de la persecucion.

Felicitas, aun de menos años que Perpetua, era tambien casada, y estaba en cinta de siete ú ocho meses; y aunque no era de clase tan distinguida como Perpetua, no eran menos nobles sus inclinaciones.

Luego que prendieron á las dos santas, las llevaron á una casa particular donde estaban guardadas con centinelas de vista. A esta casa concurrió el padre de Perpetua, que era gentil, á persuadirla con ruegos, con lágrimas, y con cuantos medios pudo sugerirle el dolor y el amor paterno, á que renunciase la fe. Habiendo escrito la misma santa la historia de su martirio el dia antes de su preciosa muerte, no se